

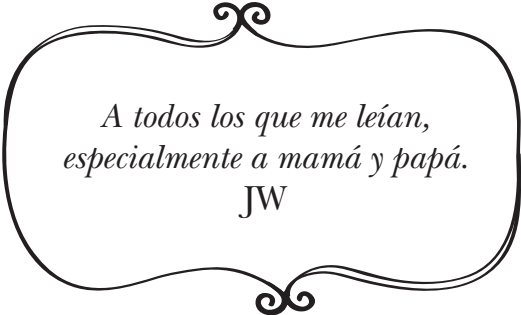
Los libros de  
**Otrolugar 1**  
**Las sombras**

**JACQUELINE WEST**

Traducción del inglés de  
Denise Despeyroux

Ilustraciones de  
Poly Bernatene

Las Tres Edades Ediciones Siruela



*A todos los que me leían,  
especialmente a mamá y papá.*

JW



# 1

**L**a señora McMartin estaba definitivamente muerta. Los vecinos tardaron algún tiempo en sospecharlo, ya que era normal que nadie entrara ni saliera nunca de la vieja casa de piedra de la calle Linden. Sin embargo, había varias pistas importantes que indicaban que las cosas en casa de McMartin no estaban como deberían estar. El buzón oxidado comenzó a llenarse de extraños y exóticos catálogos de compras por correo que finalmente se desbordaron por el hueco de la puerta de aluminio y cayeron a la calle. La gigantesca jungla de helechos que colgaba del techo del porche se desvaneció por la falta de agua. Los tres gatos de la señora McMartin, en algún lugar del interior de la casa, comenzaron a proferir los más terribles aullidos jamás oídos en la tranquila calle Linden. Tras unos días escuchando *aquello*, los vecinos decidieron que ya tenían suficiente.

Las autoridades llegaron en una gran furgone-

ta blanca. Subieron en grupo las escaleras del porche, llamaron a la puerta, esperaron un momento y luego forzaron la cerradura con una práctica herramienta para forzar cerraduras. Transcurrieron unos minutos. Los vecinos contuvieron la respiración, observándolo todo a través de los intersticios abiertos en las cortinas de sus casas. El grupo uniformado reapareció enseguida, sacando al porche una camilla con un bulto envuelto en sábanas blancas. Cerraron la vieja puerta tras ellos y se marcharon, con camilla y todo.

Pronto comenzaron a dispararse los rumores acerca de dónde y de qué manera la había palmeado la señora McMartin. La señora Nivens, que había vivido en la casa de al lado tanto tiempo como nadie era capaz de recordar, contó a la señora Dewey que ocurrió en el pasillo, donde alguien —o *algo*— había asustado de tal forma a la señora McMartin que ésta cayó rodando por las escaleras. El señor Fergus contó al señor Butler que la señora McMartin se había desplomado sobre la alfombra del salón frente a la chimenea, mientras un fajo de papeles secretos de la familia ardía tras la parrilla. El señor Hanniman decretó que había muerto simple y llanamente por su avanzada edad... al fin y al cabo él había oído que tenía nada menos que 150 años. Y también existían varias teorías acerca de qué proporción del rostro de la señora McMartin había sido devorado por sus gatos.

La señora McMartin no tenía familiares próximos. Su pariente más cercano era un sobrino que

había muerto recientemente en Shanghái, tras una grave reacción alérgica por tomar un tazón de sopa de tortuga y arsénico. No hubo nadie que acudiera a cobrar una herencia o a hurgar en el desvencijado desván en busca de tesoros hace tiempo perdidos. La vieja casa de piedra, cubierta por invasores lazos de hiedra, permaneció llena de sus muebles antiguos y sus extraños chismes. Los escandalosos gatos de la señora McMartin fueron los únicos artículos retirados de la casa, metidos a la fuerza en trasportines para mascotas por tres arañosos y ensangrentados empleados de un refugio de animales. Según la señora Nivens, que lo vio todo a través de la ventana de su cocina, justo cuando iban a subirlos al camión del refugio de animales, los tres trasportines se abrieron de golpe simultáneamente. Un trío de gatos gigantescos salieron disparados por el césped como balas de cañón peludas. El encargado del refugio, cubierto de sudor, se limpió una mancha de sangre de la mejilla, se encogió de hombros, y dijo a los otros dos:

–Bueno, ¿qué os parece si vamos a comer algo?

No mucho tiempo después alguien oyó que la vieja casa de piedra estaba en venta a un precio asombrosamente bajo y decidió comprarla.

Ese alguien era un matrimonio: el señor Alec y la señora Alice Dunwoody, dos matemáticos algo más que ligeramente chiflados. Los Dunwoodys tenían una hija llamada Olivia, pero ella no tuvo nada que ver con la decisión de comprar la casa. Olivia tenía once años y generalmente no la to-

maban muy en serio. Sus notas persistentemente mediocres en matemáticas habían hecho creer a sus padres que sufría algún tipo de aberración genética. Le hablaban con paciencia, como si fuera una estudiante extranjera de algún país que nadie ha oído nombrar.

A finales de junio, el señor Hambert, agente inmobiliario, guió a los Dunwoodys a través de la casa de McMartin. Era una tarde de calor bochornoso, pero la vieja casa de piedra estaba oscura y fresca por dentro. Olivia, que seguía al resto del grupo algo rezagada, notaba cómo se le erizaba el vello de los brazos. El señor Hambert, sin embargo, estaba sudando como una jarra de cerveza expuesta al sol. Su ancha sonrisa le elevaba las mejillas, abultadas y rojas. Podía oler una venta, y su aroma era tan apetitoso como el de un sándwich de beicon, lechuga y tomate recién hecho. Mientras caminaban por el pasillo del primer piso, les dio un poco de conversación.

—Entonces... ¿cómo se conocieron? —preguntó el señor Hambert al señor y la señora Dunwoody, tirando de la cadena de una polvorienta lámpara de techo.

—Nos conocimos en la biblioteca de Princeton —respondió la señora Dunwoody, con los ojos brillantes por el recuerdo—. Estábamos leyendo la misma revista: *Grandes Experimentos Matemáticos Impresionantes, Osados y Sesudos...*

—O «gemios»..., ¿lo pillas? —intervino el señor Dunwoody—. «Genios.» Muy inteligente.

—...y Alec me preguntó «¿Has visto la errata de la página veinticinco?». Habían escrito que la constante de Theodorus...

—¡Es la raíz cuadrada de *dos*! —intervino de nuevo el señor Dunwoody—. Cómo es posible que a los correctores se les pasara eso... no lo puedo entender.

—Oh, los dos nos reímos y nos reímos —suspiró la señora Dunwoody, mirando a su marido con los ojos empañados.

—Bueno, tú debes de ser un genio de las matemáticas, con unos padres como los tuyos..., ¿me equivoco? —dijo el señor Hambert, inclinando el rostro sudoroso hacia Olivia.

El señor Dunwoody dio a Olivia unas palmaditas en el hombro.

—Las matemáticas realmente no son lo tuyo. Olivia es una chica muy... *creativa*, ¿verdad, Olivia?

Olivia asintió y se miró las puntas de sus zapatillas deportivas.

El señor Hambert mantuvo su sonrisa de mejillas relucientes.

—Bueno, te felicito —dijo, deteniéndose frente a unas puertas dobles de madera oscura con brillantes cuadrados tallados en relieve. Las abrió con gesto solemne—. La biblioteca —anunció.

Más allá de las puertas había una gran habitación polvorienta prácticamente del tamaño de un pequeño salón de baile. El suelo de madera estaba un poco rayado y las baldosas que revestían la gigantesca chimenea tenían trocitos rotos

aquí y allá, pero esos defectos contribuían a hacer más acogedora la enorme habitación. De hecho, parecía que hubiera sido utilizada ayer. Largos estantes, todavía llenos de filas de volúmenes encuadernados en cuero, se extendían desde el suelo de parqué hasta el techo decorado. Escaleras con ruedas, de esas que Olivia sólo había visto pintadas en cuadros antiguos, se apoyaban contra las estanterías para poder acceder a los libros más altos. Había cientos, tal vez miles de libros, obviamente reunidos por varias generaciones de McMartins.

–Los administradores de la finca han decidido vender los contenidos junto con la casa. Naturalmente, ustedes pueden hacer lo que quieran con todo esto –los consoló el señor Hambert, como si tantos libros fueran una molestia terrible.

–Esta habitación sería perfecta para estudiar, corregir trabajos, escribir artículos..., ¿no te parece? –preguntó la señora Dunwoody al señor Dunwoody con actitud soñadora.

–Oh, sí, muy acogedora –reconoció el señor Dunwoody–. No creo que necesitemos más tiempo para pensarlo, ¿verdad, querida?

El señor y la señora Dunwoody intercambiaron otra mirada vidriosa. A continuación, el señor Dunwoody declaró:

–Nos la quedamos.

El rostro del señor Hambert se puso rojo como un tomate. Radiante, se lanzó a hablar atropelladamente y dio la mano al señor Dunwoody, des-

pués a la señora Dunwoody y luego otra vez al señor Dunwoody.

—¡Excelente! ¡Excelente! —tronó—. ¡Enhorabuena! ¡Es la casa perfecta para una familia! Tan grande, tan llena de historia... Un vistazo rápido al segundo piso y ya podemos regresar a mi oficina a firmar los papeles.

Subieron en tropel por la musgosa alfombra de las escaleras. El señor Hambert llevaba la delantera, resoplando feliz, y el señor y la señora Dunwoody lo seguían cogidos de la mano, sonriendo mientras contemplaban los altos techos como si en ellos se desarrollara algún adorable teorema algebraico. Olivia los seguía rezagada, pasando la mano por la barandilla y reuniendo una espesa capa de polvo. Al llegar a la cima de las escaleras hizo una pequeña pelotita con el polvo y la dejó volar desde la palma de su mano. Flotó lentamente hacia abajo, pasó la barandilla, pasó los candelabros de la pared y se adentró en la oscuridad del pasillo.

Sus padres habían desaparecido en uno de los dormitorios. Todavía podía oír al señor Hambert gritando «¡Excelente! ¡Excelente!» de vez en cuando.

Olivia permaneció sola en el rellano y sintió que la enorme casa de piedra se cernía sobre ella. Ésta es *nuestra casa*, se dijo, sólo para ver lo que sentía. *Nuestra casa*. Las palabras quedaban suspendidas en su mente como el humo de una vela. Antes de que Olivia pudiera creerlas de verdad ya se habían extinguido.

Olivia giró en círculo, lentamente. El pasillo se alejaba de ella en dos direcciones, y ambos extremos se perdían en la oscuridad. La luz tenue de una lámpara que colgaba del techo perfilaba los marcos de los cuadros de las paredes. Detrás de Olivia, en lo alto de las escaleras, había una enorme pintura con un grueso marco dorado. A Olivia le gustaba pintar, pero la mayoría de las veces garabateaba bocetos o criaturas imaginarias de los libros que leía. Nunca había pintado nada como aquello. Olivia observó detenidamente el lienzo. Era una pintura de un bosque nocturno. Las ramitas de los árboles sin hojas formaban una telaraña negra recortada contra el cielo. La luna llena dejaba ver su rostro a través de las nubes, iluminando un camino de piedras blancas que se adentraba en el oscuro bosque hasta desaparecer. Pero a Olivia le pareció que en algún lugar –tal vez justo al final de aquel camino blanco, tal vez en aquella oscuridad que la luz de la luna no podía alcanzar– había *algo más* dentro de aquel cuadro. Algo que ella era casi capaz de ver.

–¿Olivia? –la cabeza del señor Dunwoody asomó a través de una de las puertas del pasillo–. ¿No quieres ver tu habitación?

Olivia se alejó despacio del cuadro, mirándolo todavía por encima del hombro. Lo resolvería más tarde, se dijo. Iba a tener muchísimo tiempo.